

en estos instantes lanzan á la publicidad ideas belicosas.

Sabemos de un "solo de violón," que hará gran efecto.

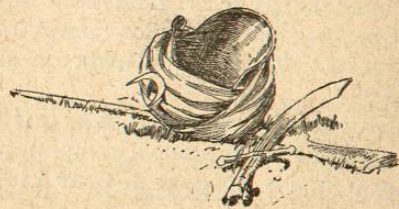
* * *

Mañana publicaremos el plan de campaña que nuestro ministro de la Guerra tiene dispuesto y ultimado en todos sus detalles.

Ninguno de éstos omitiremos en nuestra reseña. Son tan minuciosos como exactos; pero aconsejamos á nuestros lectores la mayor reserva, para que estas noticias no trasciendan al gobierno de Muley-Hassan ni á los oficiales extranjeros que le auxilian.

Digamos, imitando á Nelson en Trafalgar: *España espera que todos cumpláis con vuestro deber.*

El nuestro es dar noticias gordas. El vuestro... embauláros las.



ALCUZCÚZ

VINIERON los sarracenos, y no nos molieron á palos como sus antepasados (y, *en lo que cabe*, nuestros), porque ni son bastantes para que los ampare Dios, sostén omnipotente de la ley de las mayorías, ni tienen los pobres más que un mísero garrote, de cuyos dos cabos tiran Francia é Inglaterra, por un lado, y Alemania é Italia, por otro.

¡Y vaya usted á manejar un garrote sobre el cual hay ocho manos extrañas!

¡Y ocho manos de hierro, sin aquel guan-

te de terciopelo que recomienda la diplomacia antigua!

Así resultan ellos los molidos, y así vienen de afables, sumisos y corteses,

con gran similitud,
sin pizca de acritud,

(letra agarena de *El Cocodrilo*) y sin pizca de aquella arrogancia con que los moros manchegos y andaluces daban cita en el Carpio (línea de Madrid á Córdoba y Sevilla) á los cristianos castellanos y gallegos para tomar unas cañitas y pelearse después, de donde viene el refrán: "Las cañas se vuelven lanzas,,."

Pero ¡ay! ó ¡guay! (que es más moro). De nada ha servido á los representantes del soberano descendiente del Profeta venir á la corte del rey católico trayendo en la mano el ramo de oliva, con aceitunas y todo.

La propaganda guerrera emprendida por algunas buenas almas con ocasión de lo de Alhucemas, no ha dejado de producir resultados en ciertos espíritus belicosos, á despecho del "fiasco,, de aquella campaña y de las muestras de simpatía tributadas por "este respetable público,, á los hombres del jaique, el zaragüell y el turbante, especie de chuferos en grande escala.

Todas las mañanas se reciben en el Hotel de Rusia infinidad de cartas, que invariablemente arroja á un montón el secretario de la embajada, sin abrirlas.

—¿Qué es esto?—preguntó el primer día el embajador.

—¡Sablazos!

Su Alteza (porque el respetable muslim es uno de los cuatro suegros formales del sultán) se llevó la diestra al costado izquierdo, requiriendo instintivamente la guma.

—¿Nos hostilizan los españoles?—preguntó de nuevo.

Y habiéndosele contestado que ya en Tán-ger había sido el sultán víctima de este género de hostilidades, teniendo que aflojar veinte duros á un músico español que se le arrancó á volapié, dijo el venerable mogrebí, cruzando entrambos brazos sobre el pecho:

—Pues si el sultán se ha dejado herir, nosotros no podemos hacer lo mismo. Sería igualarnos á él y, por consiguiente, faltarle al respeto... ¡Aquí no se da dinero á nadie!

—No te extrañe esto de los sablazos—se le repuso;—es una costumbre propia del temperamento guerrero de los españoles, y muy arraigada en Madrid.

—¿Sí? Pues donde fueres, haz lo que vienes... Que venga el Taleb, y empieza á po-

ner cartas á todos los madrileños ricos. ¡Aquí de nuestros alfanjes!

Por fortuna, se ha conjurado este nuevo conflicto (¡es mucha suerte la del Sr. Sagastal) en que iba á meternos la diplomacia marroquí, malamente acusada de tortuosa, cuando de lo que peca en rigor es de rígida y tenaz en su inflexible lógica.

Las misivas de los belicosos hijos de Pelayo, el Cid y D. Jaime el Conquistador

van todas al cesto de los papeles viejos, ó sirven, á lo sumo, para que el pajecillo negro del embajador se entretenga en hacer pajarritas de papel.

Sin embargo, algunas de esas cartas se han abierto por curiosidad, y los moros se han hecho cruces—si se me per-

mite tan audaz modismo—viendo que los sablazos no se los dan en nombre de Cristo, sino invocando la misma ley de Mahoma.

Ahora resulta que en Madrid y los bajalatos vecinos había innumerables moriscos, ó *moriegos*—como los llamaban antaño en



Aragón,—que venían vegetando y retoñando ocultamente (por ambas líneas) desde los tiempos de la impolítica persecución de Felipe III, hasta los del advenimiento político de Felipe Ducazcal.

Hay hombre que escribe:

“Yo desciendo directamente de los propios almohades; y á pesar de eso,

hoy no tengo ni una almohada que pueda decir que es mía.»

Otro, alambicando más, se expresa así:

“Soy hijo de un colega de Mahoma. También mi papá era Profeta... Vivía en Zaragoza, y hacía almanaques..”

Otro dice:

“Figúrese usía, señor embajador, si seré musulmán auténtico, que desde hace cuatro años (vamos, desde que estuvo aquí la última embajada de Marruecos), no he visto el tocino, ni he catado el jamón. En cuanto al vino, ni olerlo. Gracias al aguardiente, voy tirando..”

Otro pregunta en dónde podría adquirir la Bula mahometana para poder comer carne de cerdo..., y de paso, pide dinero para poder comprar esa Bula.

Hay, en fin, una viuda de un creyente que jamás anduvo por casa sin fez ni babuchas.

la cual—conocedora, sin duda, de las costumbres marroquíes—ofrece al embajador su casa y una buena pipa.

Y termina así la carta:

“Suya affma. segura servidora, y mahometana hasta en el nombre,

CIRCUNCISIÓN.”

En esto, amados lectores míos, ha venido á parar la guerra al infiel marroquí.

El cual infiel se divierte entretanto todo lo que puede en el

...castillo famoso
que al rey moro alivia el miedo,

y va por ahí de guinda en guinda, y no falta ninguna noche al teatro ó al circo, con gran contentamiento de las empresas, que se apresuran á poner en los carteles el consabido: *“Asistirá la embajada de Marruecos,”* como en tiempos de Alfonso XII ponían aquello de: *“Están invitadas SS. MM. y AA.”*

Gracias á los sarracenos, hay empresarios que pueden poner estos días su puchero á la lumbre.

Vamos, su alcuzcúz.

Uno de ellos hasta ha pensado en agasajar á los moros con la *reprise* de la zarzuela

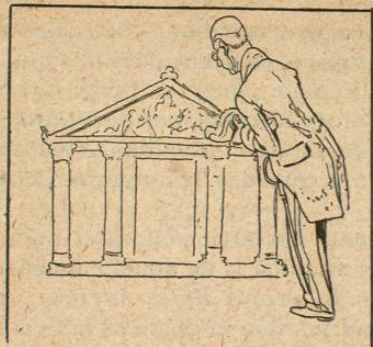
bufa de Santisteban y Barbieri, *El tributo de las cien doncellas.*

Pero ha desistido ante esta discreta observación de uno de la embajada:

—Yo, por mi parte, me contento con “la doncella de los cien tributos.”

Octubre de 1889.





ORO, PLATA, COBRE Y NADA

TODA la prensa ha reproducido en sus columnas el siguiente suelto, para conocimiento, y sobre todo para satisfacción de los contribuyentes españoles, cuyo dinero es, de fijo, el que mejor se gasta y emplea en el mundo:

“A seis millones de reales asciende lo que se presume que podrá costar la construcción del nuevo edificio para la Academia Española.”

Aquí de Villergas en *El baile de Piñata*:

¡Jesús qué afrenta!
¿Quién por doblar su brillo
no da sesenta?

Así y todo, seis millones de reales no son moco de pavo; es decir, de académico.

Permitaseme poner en duda que ascendiese á tanto el coste del decantado mausoleo que la desconsolada Artemisa hizo erigir para guardar las cenizas de su marido.

Si de esta hecha no eclipsa el nuevo edificio con su fama la de aquel monumento, y aun la de la propia *Moles Adriani*, es que ya no hay justicia ni gusto en la tierra; porque tanto más pasmoso es el derroche, cuanto menos lo merece el objeto; y, francamente, el momificado cadáver de la Academia Española no es tan interesante como lo fueron en su tiempo—y ahora lo serían más—los restos de Mausolo y Adriano.

Créanme los M. C. de la Academia (porque tengo allí sendos tocayos... en iniciales); no pertenezco á la categoría de los cronistas modernos, para quienes es indispensable desayunarse todas las mañanas con unas magras de académico.

Es una carne la suya harto *curiácia*—como dice el Sr. Fabié por coriácea,—y nada me carga tanto, aparte de esa razón, como la monotonía en las comidas.

Lo que hago con tal manjar, lo mismo que con el que nos suministran instituciones

más altas y venerandas, es lo que el refrán manda hacer con los rábanos... Comprarlos cuando pasan.

Y ahora pasan académicos.

Los que no debieran pasar son los seis millones de reales.

Ciertamente no es la carne de académico tan indigesta como la carne de clérigo, de la cual decía Thiers (si era Thiers el que lo decía):

—*Celui qui mange du prêtre, en meurt.*

Pero si no es tan peligrosa, de seguro es la carne de académico más cara que la carne de cura.

Son muchísimos los ciudadanos que no pueden pasarse sin clero, ora para venerarlo, ora para combatirlo.—En cambio, ¿quién echaría de menos la Academia Española si se aventaran sus cenizas?

Tres personas no más.

El portero del edificio;

El secretario de la Corporación, que tiene casa de balde;

Y Antonio de Valbuena, al cual se le atrofiarían esos envidiables músculos, medio de fraile, medio de guerrillero, cuya solidez hace sentir tan duramente á los académicos de la Lengua.

De suerte que para mantener un portero, "poner piso," á un caballero, y dar ocasión á

las gallardías literarias—y esto al menos ya es algo—de un adversario de esa cofradía, gasta la nación más entrampada de Europa seis millones de reales, sin contar lo que ordinariamente cuesta la Academia.

Magnífica fué en verdad
la idea del tal panteón,

y ya me regodeo y relamo de gusto con el delicioso albergue que tendrán allí los restos de este pobrecito escritor; porque de menos hizo Dios á los M. C., y cualquier día entra uno en la inmortalidad, y sabido es también

...que el hombre pára allí
cuando mejor va pensando.



Pero ya que el Estado
gasta ese dineral en la
conservación de
las momias—ó si
se quiere momios
—de las Bellas
Letras y las Be-
llas Artes,

(...¡lástima grande
que no sea verdad tanta
[Belleza!]

¿por qué no cos-

tea con igual solicitud los institutos que representan progreso, utilidad, cultura, riqueza, vida y sangre para toda la nación?

El día mismo en que los periódicos publicaban el suelto con que he encabezado este artículo, traían también la reseña de la solemne distribución de premios á los alumnos de la Escuela Central de Artes y Oficios.

¡Qué contraste!

De un lado, derrochándose el oro y la plata en erigir un edificio inútil.

De otro, escatimándose hasta la calderilla en el sostenimiento de lo que vale más que el oro y la plata en el tesoro de la vida nacional.

El mismo director general de Instrucción pública me ha proporcionado ese símil... Decía así en el discurso que pronunció en aquella ceremonia:

—Las monedas de cobre que el Estado gaste en implantar reformas en las enseñanzas de esta Escuela, se volverán recursos para el Tesoro, convertidas en monedas de oro.

Sí; y el Tesoro invertirá esas monedas de oro en sostener instituciones añejas, sin las cuales podría pasarse el Estado perfectamente.

Aquí cantaríá un alumno listo de la Escuela:

¿No sería muchísimo mejor cerrar un paraguítas de los dos?

Es decir, dejar sin paraguítas á la Academia?



El contraste que ahora dibujo á vue-lapluma fué objeto de análogas consideraciones en uno de los artículos que dediqué el año pasado á la Exposición Universal de Barcelona.

De cía entonces, describiendo la instalación de primer orden con que se distinguía la Escuela

de Artes y Oficios de Madrid en la nave central del Palacio de la Industria:

“...Los que sandiamente creen que en Madrid no hay sino una chulería viciosa é ignorante, dada al peleón, la navaja y los novillos, volverán sobre su acuerdo al ver esta instalación, prueba palpable de las admirables disposiciones de los hijos del pueblo de Madrid para aprender rápidamente,

asimilarse con provecho la sana enseñanza, y dar fácil desarrollo á la natural viveza de su espíritu.”

Y más adelante:

“Junto al brillante papel que hace este instituto moderno y popular, ¡cuán raquíto y mezquino el que representan las Reales Academias, areópagos del saber oficial y sanhedrines de la ciencia fósil!

„Unos armarios miserables, con las estanterías casi vacías, y varios libros, colocados de frente y de modo que á duras penas se pueden leer sus títulos, y... paren ustedes de contar.—Es decir, pueden ustedes contar, por vía de entretenimiento, lo que cuestan al Estado instituciones tan vanas, añejas y estériles, mientras se regatea hasta lo más preciso á las encargadas de difundir la enseñanza pública.

„Es providencial el contraste que ofrecen las Reales Academias—con R y con A mayúsculas—y la institución popular á quien antes me he complacido en saludar con entusiasmo. Al lado del pasado, rancio é impotente, se alza el porvenir, poderoso y triunfante... ¿Qué quieren ustedes que les diga? Estas Exposiciones no se han hecho para la propaganda reaccionaria.”

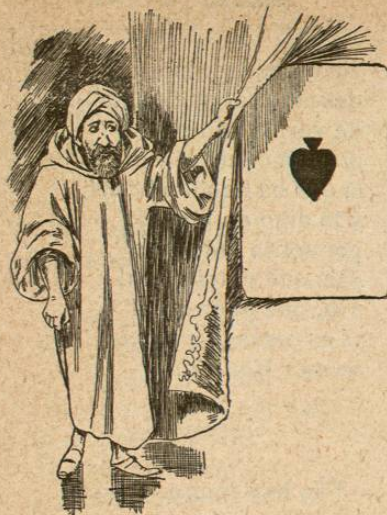
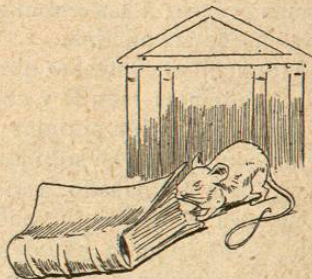
¡Cuán verdaderamente liberal y democrática, digo ahora, sería la obra del Go-

bierno que se decidiera á enviar á las prenderías esos casacones y espadines que tan caros nos cuestan!

Una estatua —y de las buenas, no de las que encarga el Gobierno á los paniaguados—merecería el ministro de Fomento que dijera de una vez:

—Para las instituciones modernas, útiles y fecundas, como la Escuela Central de Artes y Oficios, *oro y plata*. Para las antiguallas huera y estériles, como la Academia de la Lengua, *cobre... ó nada*.

Octubre de 1889.



LETRILLA

AL ESTILO ANTIGUO

¿Conque se jugaba?
¡Nunca lo creí!
¿Conque se rendía
culto al vicio vil?
¿Conque era un infundio
lo de perseguir
sin paz y sin tregua,